

derechura á ver á mi antiguo principal, y decirle francamente, con ese acento que sale del corazón: «¡Soy inocente!» Todo me parecía natural, fácil; me vestí de prisa y salí. Mas ¡ay!, al asomar el sol todos mis proyectos se desvanecieron; pasé por delante del ayuntamiento, miré al centinela y seguí adelante; fui hasta la puerta de dos ó tres redacciones de periódicos, pero no me atreví á entrar; me parecía que, apenas hubiera entrado, todos, mirándome, habrían dicho: «¡Ese hombre tiene hambre!» Decidí parar al primer conocido que encontrase y pedirle prestadas algunas liras; encontré varios, los detuve y me preguntaron si no me sentía bien. «Sí,» les contesté mirándolos con recelo, y se marcharon. Pasó el mediodía; entonces comencé á sentir un abatimiento, una languidez, que apenas podía tenerme en pie, me flaqueaban las piernas y la imaginación trabajaba, trabajaba, como si tuviese fiebre; pensaba en las cosas más extravagantes, en personas, en sitios, en sucesos de otro tiempo; tenía en la cabeza una confusión y un vértigo que temía volverme loco. Luego fui sintiendo así como rabia, como odio á todos los que veía, teniéndolos por personas sin entrañas que me habían hecho algún mal. «Pero ¿es posible?, decía para mí. ¿Soy yo, yo mismo el que se ve reducido á tal extremo? Pero ¿quién soy yo? ¿Qué he hecho? ¡Tengo derecho á comer! ¡Quiero vivir!» Después sentí un agudo dolor en el pecho, una opresión, un malestar, como si me retorciesen las entrañas. Me senté no sé dónde, me levanté, no podía tenerme; tomé una resolución desesperada; fui al encuentro de un oficial, lo paré, le dije resueltamente: «Señor...,» él me miró, volví en mí, le pregunté la hora, me la dijo y seguí mi camino. Se me ocurrió la idea de matarme, pero la deseché; de pronto acudió á mi imaginación, no sé cómo, la imagen de la hija de la dueña de la casa, y vi en ella mi salvación. Era ya

de noche, apreté el paso cuanto pude, entré en casa, luché todavía un rato, y por fin se me escaparon aquellas malditas palabras: «¡Tengo hambre!» Fué una escena desgarradora; las dos pobres mujeres se echaron á llorar de un modo que partía el corazón... Pero una vez dichas aquellas palabras, ya no se podían retirar... Fué ayer noche. Esta mañana, apenas me levanté, pensé que debía ponerme á buscar trabajo; me acordé de la tarjeta que usted me dió, y he venido á recomendarle á usted. Tal es mi historia; perdóneme si le he aburrido con tan triste relato.

El joven napolitano, que le había escuchado con profunda atención, le estrechó la mano y le dijo con voz conmovida: «¡Muchas gracias!» Luego se levantó presuroso, pasó á otra habitación, se acercó á la ventana, y alzando las manos al cielo, exclamó: «¡Y yo me considero infeliz y me aburro, y veo que la vida es una lucha y no me encuentro con fuerza para sostenerla! ¡Ah, miserable, insensato é ingrato!»

VIII

Ricardo (que así se llamaba aquel joven) empezó aquel mismo día á escribir y á hablar á los amigos y conocidos para ver de proporcionar un empleo á Alberto. Y lo hizo con tanto ardor y con tan firme propósito de conseguirlo, que casi no pensó ni deseó otra cosa; y sus melancolías desaparecieron y le renació la alegría. Tenía ya un objeto en el cual el corazón, la voluntad y la conciencia estaban de acuerdo, y no se necesitaba más para despertar la parte más noble de su individuo, que hacía algún tiempo estaba adormecida. Siempre tenía delante la imagen de Alberto, y además de la compasión que le inspiraba, le hacía comprender y apreciar por vez primera los

grandes favores que la naturaleza y la fortuna le habían prodigado á porfía. «En suma, decía á menudo sonriendo, ese joven me ha demostrado matemáticamente que debo ser feliz. ¡Ah! ¡Qué maldita costumbre la de volver siempre la vista á los que están mejor que nosotros!» Pero aunque tuviese muchos amigos é hiciese cuanto estaba de su parte para lograr su objeto, tropezó desde los primeros días con tales obstáculos y perdió tantas ilusiones, que al fin tuvo que persuadirse de que la empresa era más difícil de lo que en el primer momento había creído.

En todas partes encontraba una competencia imprevista y formidable, é iba descubriendo poco á poco, con tanta sorpresa como disgusto, la inmensa miseria oculta, decente, instruída y todavía pudibunda que afluye á las grandes capitales y fluctúa en las puertas de las oficinas y de los palacios; una multitud, que antes no conocía, de gente cabelluda, barbuda y macilenta, de empleados cesantes, de profesores sin ocupación, de dependientes despedidos, de oficiales expulsados de las filas, de escritores sin trabajo, de viejos, enfermos, arruinados, que presentan como documentos libros recomendados, reseñas de periódicos, cicatrices, chiquillos, papeletas del Monte de Piedad y cartas de diputados y de senadores; necesidades, dolores, desventuras, comparada con las cuales la situación en que se encontraba Alberto, joven, sano y sin familia, podía aún parecer afortunada. Por dondequiera que se metía encontraba un tropel de hambrientos, y se desanimaba al ver que casi nunca obtenía la preferencia la recomendación digna de un hombre apreciado, sino la sonrisa de una dama ligera, la descarada insistencia del charlatán, ó una ocurrencia oportuna en la mesa entre los postres y el champagne, los enredos y las intrigas. Mas en el hecho de conocer ó de oír hablar de tanta gente



El joven napolitano le estrechó la mano y le dijo con voz conmovida

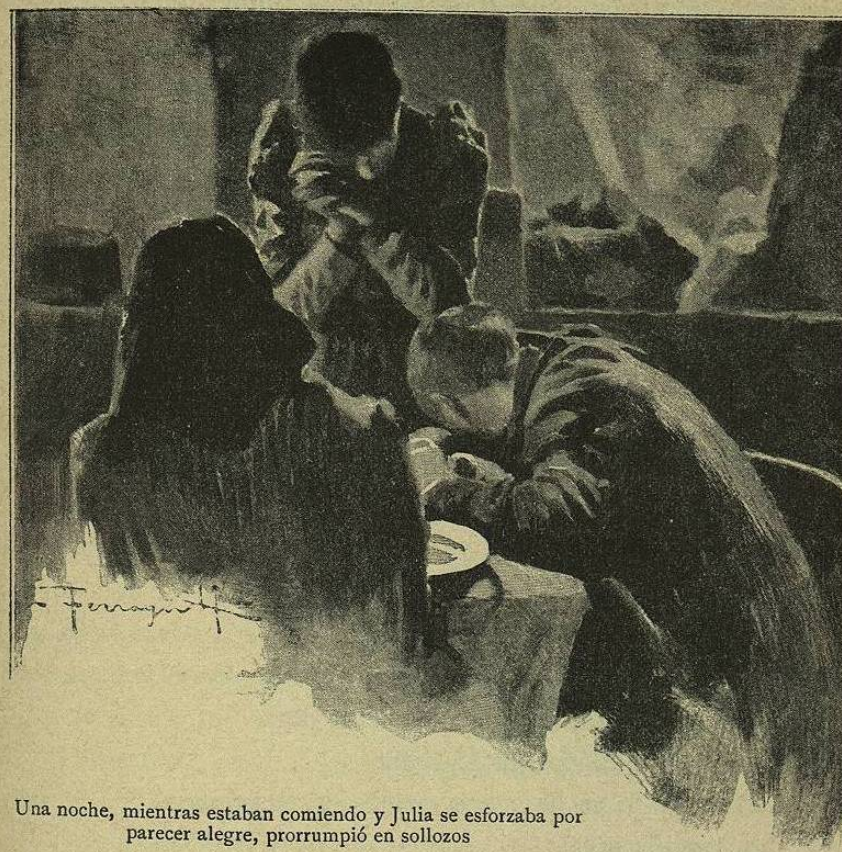
para la cual era una gran fortuna hallar modo de no morir de hambre y en la misma grandísima dificultad de encontrar un pedazo de pan para su protegido, sentía una complacencia nueva y penetrante, un goce saboreado de su tranquilidad y de sus comodidades; mayor gusto al arrellanarse en su poltrona, junto á la chimenea, después de un buen almuerzo, con el periódico en la mano, pensando en la pobre gente «cábelluda, barbuda y macilenta» que había encontrado á todas horas por las escaleras de los Bancos y de los ministerios; sentimiento que no quería explicarse del todo á sí mismo, pero del que á veces se avergonzaba de pronto, censurándose por haberle dado entrada en su corazón, enturbiándole la fuente de la compasión noble y verdadera, la cual, según decía, debe ser un dolor. Pero, por más que hacía, no lograba discernir, en aquella nueva satisfacción de sí mismo, lo que emanaba de la conciencia de lo que era hijo del egoísmo, para poder desechar la parte impura y gozar única y serenamente de la satisfacción legítima. Y se enojaba. Así está hecho este mísero corazón humano.

IX

Entretanto cifraba todo su cuidado en ocultar á Alberto el mal resultado de sus gestiones, ó al menos, por cada esperanza frustrada, le hacía vislumbrar una nueva, animándolo con palabras alegres, y cuanto más iba penetrando en su alma honrada y buena, más se empeñaba en su propósito. Pero Alberto no se hacía ilusiones. De alguna palabra incierta, de algunas turbaciones fugaces de su joven protector, deducía la verdad, y á medida que sentía aumentar el afecto y la gratitud que le tenía, iba perdiendo la esperanza y con la esperan-

za la poca serenidad que había penetrado en su alma después de los días de la desesperación. Volvía á presagiar un porvenir muy triste. Julia y su madre le habían inducido, y más que inducido, obligado á vivir con ellas como un hermano y un hijo, y él no dudaba un momento que se habrían impuesto de buena voluntad toda clase de sacrificios para seguir teniéndolo en su casa mientras no encontrase medio de vivir. Pero ¿habría tenido valor para aprovecharse más largo tiempo de aquella generosidad? Había aceptado su ofrecimiento, cedido á sus súplicas, con la esperanza de poder salir en pocos días de aquel estado, y apresurarse á pagar su deuda de gratitud á costa de algunas privaciones. Pero los días pasaban y su situación no variaba. Cada vez que se sentaba á la mesa se le oprimía el corazón, por más que las dos buenas mujeres procurasen alegrarle por todos los medios posibles. El sentimiento de orgullo que el abandono, la desesperación y el hambre habían adormecido, se despertaba en él más vivo y celoso que antes, y el sentarse á mesa ajena sin pagar empezaba á parecerle una humillación insoportable. Comprendía los mil sacrificios que aquellas dos pobres mujeres hacían por él, y le asustaba la idea de obligarlas á vivir de aquel modo quizás algunos meses todavía. Habría podido valerse de los ofrecimientos de Ricardo, y pagar el alquiler y manutención con aquel dinero; pero estaba seguro de que Julia espontáneamente y la madre por consejo de su hija jamás habrían aceptado un céntimo que pudieran suponer que se lo hubiera dado otro. Estos pensamientos le ponían de día en día más triste, tristeza aumentada aún por la previsión de que llegara el momento, no remoto, en que debiera alejarse á toda costa de aquella casa, separándose de Julia, cuando precisamente empezaba á amarla, á apreciarla, á admirarla más de lo que hasta entonces la

había admirado; cuando empezaba á sentirse unido á ella por tantos dolores; cuando en lo sucesivo no le parecía la vida halagüeña y apetecible sino por ella.



Una noche, mientras estaban comiendo y Julia se esforzaba por parecer alegre, prorrumpió en sollozos

Una noche, mientras estaban comiendo y Julia se esforzaba por parecer alegre, prorrumpió en sollozos.

X

Aquella misma noche toda la familia del abogado estaba reunida en el comedor, alrededor de una mesa cubierta con un